



El Loco Dorrego fue declarado libro de interés provincial
por el Senado de la Provincia de Buenos Aires,
el 20 de septiembre de 2011.



Hernán Brienza

El último
revolucionario

Prólogo de
Horacio González

EL LOCORREGO

Prólogo

En el filo de la novela histórica, y también ante otro filo, donde se cortan las pasiones aventureras de la gloria militar con la austera euforia del jefe responsable, Dorrego aparece siempre como un sacrificado. La lectura de un libro de historia siempre depara la incógnita por los pequeños detalles que viven en el conocimiento completo de lo ya sucedido. Cualquier lector de la historia de Napoleón conoce los golpes severos de su infortunio final, pero la lee con una displicente avidez de novedades en tanto que debe retener lo que ya sabe: lo ve actuando, vivaz, en su hora de triunfo, en las cumbres de su poderío. Habrá, pero, la resabida caída. Con Dorrego ocurre algo parecido, por lo que el historiador debe encontrar la solución para conjurar la cápsula biográfica en que solemos encerrar los múltiples pasados, y ver cada paso de un relato que lleva al final trágico, como un presente que se impone por su candidez, por su aparente condición de no llevar a ningún otro lado que a una viñeta bien escrita, autosuficiente

y animada. Así procede Brienza, animando sus figuras con un relato que deja asomar la puntilla de la enorme cantidad de documentos y acervos bibliográficos que ha leído, para que la acción cobre vida. Y de tanto en tanto, como en un olvido del relator, dejar caer que los hechos se dirigen y apelonan, todos, ante una madrugada trágica en medio de un amanecer en la pampa.

¿Cómo escucha un historiador un diálogo decisivo y dramático ocurrido siglos antes? Las voces del pasado son por definición las que se han perdido, y apenas se muestran tímidamente cuando un documento que les es contemporáneo, decide incluir pequeños parlamentos que aun sin ser demasiado tensos, son el oro en polvo del historiador. Brienza hace hablar a menudo a sus personajes. Son los diálogos del destino, donde los énfasis y los escorzos del lenguaje están cincelados con un leve anacronismo que nos dice “nos es ahora que están hablando”. En el duro intercambio

entre Pueyrredón y Dorrego, donde Brienza probablemente se sirva de algún documento o crónica que resistió el paso del tiempo, hay sin embargo un trabajo de recomposición propio de un novelista omnisciente —rasgo que a veces se retoma, para perderse en cualquier momento que sea necesario—, que no obstante guarda las voces ya fenecidas en estuches sonoros que generan una extraña verosimilitud.

Hernán Brienza quiere a su Dorrego. Lo llama loco porque en su época le dijeron loco. Pero como queda demostrado en su libro, era un personaje que pertenecía a la especie de los hombres que no estaban calmos en ningún esquema preconcebido, como si “estuvieran demás”, y sin embargo representaban un sentido que ni siquiera en las grandes revoluciones suele ser habitual. Este excedente dorreguiano es lo que interesa en el libro. Pero hay también un exceso de su contrincante, ese al que el destino llamaba a la cita obcecada y sangrienta, Juan Galo de Lavalle, al que lo vemos en un diálogo de duelista avezado con las artes de la contrarréplica discursiva, y con el propio Bolívar, a propósito de las artes y cortesanías de mesa. El fusilamiento de Dorrego, como todos sabemos, es un nudo irresoluble del drama nacional que arroja su sombra incómoda sobre los varios presentes que, en ciclos sucesivos, vienen presentándose en la historia nacional. Este libro está en uno de sus presentes. De alguna manera, lo señala el hecho de que Bolívar es una figura presente, pero en un plano difuso, exterior, algo velado pero decisivo. Este relato no pertenece al recorrido del género de la novela histórica aunque tenga algunos de sus elementos, pero tampoco, poseyendo documentación estricta sumergida en su interior, es un libro que no da paso alguno sin la pieza minúscula extraída de documentos que ni aun su rescate dadivoso los priva de cierto mocho.

Es un libro que camina con pequeñas suturas de ficción en el gran panorama histórico que de alguna forma u otra ya conocíamos. Pero los detalles vivos, la suspensión permanente de la tragedia, que sombrea con una conclusión esperada pero dramáticamente postergada, caracterizan todas las secuencias del libro. Incluso los modelos del presente que se desprenden con el auxilio de la imaginación que nos provee abundantemente nuestra época, están apenas evocados, no con distracción, puesto que no cabe verlos así, pero tampoco para encuadres en enseñanzas fijadas ya en las cartulinas escolásticas que nos eximen de ver la carne herida de la historia. Brienza describe una herida en el cuello de Dorrego en una de las batallas en el Norte argentino. El cuadro es casi naturalista, pero la intensa sangre que brota del cuello de un soldado, son los elementos que hacen a la necesaria utilería del gran cuadro histórico en tanto acto colectivo que nunca se esfuma pero su fuerza cobra envergadura mayor cuando un paréntesis lo prorroga con las animadas estampas móviles de las batallas. *El Loco Dorrego* es un libro de historia y una ficción específica que a la historia le es imprescindible, esos gritos de dolor que el escritor debe elegir, minuto a minuto, cómo, cuándo y si los incorpora al relato. Dorrego, el aventurero, el soldado, el federalista, el arrogante utopista, vuelve al lector contemporáneo con todas esas incorporaciones.

HORACIO GONZÁLEZ

Director de la Biblioteca Nacional

Buenos Aires, marzo de 2013

Prólogo a la edición especial diez años

Dorrego y la repetición sintomática

Todo libro es hijo de su época. No solo de sus escrituras y sus reescrituras, sino también de sus lecturas y sus relecturas. *El Loco Dorrego* fue escrito en el año 2006 y publicado en el 2007, hace exactamente diez años. El libro ya no significa lo mismo que en el momento de su salida. Ya no es una tímida biografía de un héroe o un mártir olvidado, hoy es, y no por mérito del autor sino de los lectores, el rescate de un símbolo político. *El Loco Dorrego* ya no es un texto que explica al coronel fusilado en los campos de Navarro el 13 de diciembre de 1828. En realidad, interpreta una época y un país determinado, el de 1828, y también el del 2007. Pero, obviamente, ese país no es el mismo. Ha pasado ya una década, han cambiado los gobiernos y los actores políticos, sin embargo, el “rescate monumental”, en términos nietzscheanos, continúa significando. ¿Por qué?

¿Por qué razón la vida y la muerte de un coronel que nació y fue asesinado en la primera mitad del ochocientos volvió como un fantasma en los albores del siglo XXI? ¿Sobre

qué nos vino a alertar, qué nos vino a anunciar o “develarnos” esa “sombra terrible” de Dorrego? No puedo saberlo. Cada lector recolectará en el libro aquellas señales que le permitan comprender o intuir el presente y el futuro de los argentinos. Imponer las propias señales sería un acto de vanidad y de autoritarismo.

Sin embargo, me animo a aventurar que Dorrego nos habla de la violencia política, de la casa dividida que es nuestra patria, de una matriz determinada donde surgen todos los desencuentros y donde nace la sinfonía de la sangre y del fuego que interpretamos los argentinos desde el mediodía funesto en que Juan Galo de Lavalle decidió el fusilamiento del gobernador legal y legítimo de la provincia de Buenos Aires.

Esa matriz es sencilla: casi siempre son los representantes del Liberalismo Reaccionario en la Argentina quienes interrumpen el orden constitucional y asesinan. Lavalle, Mitre, Sarmiento, Aramburu, Rojas, Videla son apenas los apellidos

militares que usan el poder económico real y el simbólico en las sombras. Detrás de ellos se ocultan los apellidos civiles: los Rivadavia, los Agüero, los Del Carril, los Martínez de Hoz. Juntos conforman esa elite un tanto ordinaria y pretenciosa, al mismo tiempo, que excede lo puramente recaudatorio, que se trata de un complejo cultural enraizado, y que podría denominarse, simplemente, “los que mandan”.

Pero esa matriz también tiene su contracara. Y está formada por los que siempre mueren: los Dorrego, los Chilavert, los Peñaloza, los degollados de Cañada Gómez, las miles de víctimas de los coroneles de Mitre, los fusilados de la Patagonia, las víctimas del bombardeo de la Plaza de Mayo, los Valle, los Vallese, los 30 000 desaparecidos. Es decir, siempre mueren aquellos que se niegan a ser mandados.

Más allá de las violencias propias, de la imposibilidad de conectarse con la Otridad, de “embestidas” sobre la institucionalidad por parte de ese encadenamiento político que podemos denominar el nacionalismo popular (Federalismo-Radicalismo-Peronismo) hay algo que es cierto: existe a lo largo de nuestra historia una lógica cristalizada de víctima y victimario. Y el movimiento nacional ha servido siempre como cordero en el holocausto de nuestra historia criolla.

¿Por qué? Más allá de las cuestiones fácticas, de relaciones de poder y de fuerzas, ¿qué hay de seductor en colocarse en el lugar de la víctima en la narración de nuestra historia? ¿Qué mecanismos ocultos, qué resortes morales, que impedimentos fantasmagóricos se hacen presentes en la imposibilidad teórica y práctica de dar el salto de ser víctimas históricas a victimarios? ¿Por qué razón el Liberalismo Reaccionario tiene “derecho” a utilizar la violencia y “disfrutar” del placer de ser victimario y el nacionalismo popular solo puede

refugiarse en el “goce neurótico” de ser sometido, pero de tener la “razón histórica”? ¿Tan profunda es la conciencia de la derrota y de la fuerza del Otro que ni siquiera se produce una lucha por ocupar el lugar del victimario? ¿Tiene sentido devenir en aquello que se combate? ¿Por qué utilizar los métodos del victimario te convierte automáticamente en su igual? ¿Qué se hace con el caníbal? ¿Cómo se lo enfrenta? ¿Hay que comerse al caníbal? ¿Cómo se le rompen los dientes al caníbal para que deje de devorar al Otro?

Dorrego vive en cada nuevo fusilado. Como si se tratara de una repetición sintomática de la que nunca pueden salir las mayorías. Son los “padrecitos de los pobres”, los trabajadores, las mujeres, los que ponen el cuerpo y la vida en esa lucha desigual que lleva en la Argentina casi dos siglos. ¿Cómo se hace la paz con quien no quiere la paz sino el dominio? ¿Cómo se pacta con quien quiere que el Otro desaparezca? ¿Cómo se generan acuerdos con quien rompe todos los acuerdos?

Hay una escena terrible el 13 de diciembre de 1828. Cuando Gregorio Aráoz de Lamadrid le pide a su jefe Lavalle que al menos escuche a Dorrego antes de fusilarlo, Lavalle se niega. No lo recibe, no dialoga, ni siquiera lo escucha. Directamente lo “desaparece” de la posibilidad de diálogo.

Sin diálogo profundo no hay posibilidad ni de encuentro ni de pacto. Sin pacto no hay posibilidad de patria común. Sin patria común solo es posible el territorio donde los Dorrego se multiplican desde los campos de Navarro hasta Jujuy, desde el Gran Buenos Aires hasta la Patagonia.

HERNÁN BRIENZA

Buenos Aires, septiembre de 2017

Introducción

Zamba para no morir

I

¿POR QUÉ UNA NUEVA INTRODUCCIÓN A ESTA DÉCIMA EDICIÓN de *El Loco Dorrego*? ¿Por qué una nueva introducción y no un epílogo más o un segundo epílogo, ya que —como saben los lectores— siempre prefiero narrar primero los hechos con descripción subjetiva y, recién al final, intentar un análisis sobre el trabajo terminado? ¿Por qué es necesario decir unas palabras antes de empezar el libro como originalmente estuvo pensado? Existe una sola razón, que también es caprichosa, obviamente, y es que creo que este libro que usted va a leer ahora —por primera o, si insiste por alguna razón extraña, por segunda vez— no es el mismo que escribí entre los años 2005 y 2006 y que fue publicado en febrero de 2007.

Es una verdad de perogrullo que todos los libros se metamorfosean entre las intenciones del autor y las interpretaciones de los múltiples lectores, también del múltiple lector solitario que lee de distintas formas —incluso a veces contradictorias— un mismo texto. Pero la razón por la que creo

que este libro se merece una nueva introducción es porque *El Loco Dorrego* ya no me pertenece. Tiene su propia vida, su propia historia, su propio camino recorrido. No me ocurre con los demás libros que he escrito —*Maldito tú eres*, *Los buscadores del Santo grial en la Argentina*, *Valientes*, *Éxodo jujeño* o *El otro 17-*, a los que reconozco como propios. *El Loco Dorrego*, en cambio, ya no es el libro original. Es más, los lectores que se asomen a sus páginas ya no van a poder apreciar con ojos limpios el discurrir de la narración ni de los hechos.

Más allá de las virtudes y defectos que tenga el libro original, está precedido por una historia que no hace inocente su abordaje. Ya pesan sobre su escritura los prejuicios a favor y en contra por la vida independiente que ha tenido. Ya hay demasiadas miradas sobre él —la mayoría de ellas, hermosas miradas, de las cuales estoy inmensa e infinitamente agradecido— que se superponen sobre este texto, el protagonista esencial, Manuel Dorrego, e incluso sobre mí como su autor.

Estas lecturas dislocaron y ampliaron el sentido de humilde rescate que tuvo en su disparo original.

Quiero decir que *El Loco Dorrego* llega a sus manos precedido de las opiniones de la presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner o del gran “manijazo” que le dio el recientemente fallecido comandante Hugo Chávez en el ámbito latinoamericano. Es decir, que esas miradas transforman para bien la lectura del libro.

II

Una mañana de principios de octubre del pródigo y controvertido año 2010, un amigo me alertó con un mensaje de texto a mi celular: “Felicitaciones!! Ahora te recomiendan entre presidentes...”. Sin entender mucho de qué se trataba, le pregunté: “¿Qué pasó?” y obtuve como única respuesta: “¡Entrá a Twitter ya!”. Fui rápido a la máquina y abrí Twitter. Una sola vez me ocurrió que abrí mi página y una verdadera catarata de saludos invadió mi carpeta de mensajes. Y, obviamente, sólo esa vez me sucedió que dos presidentes democráticos que están dentro de la línea nacional, popular y americanista hablen de un libro escrito por mí. Leer la recomendación que hizo la presidenta Cristina Fernández de Kirchner a su par venezolano Hugo Chávez me dejó varios minutos sin poder de reacción frente a la máquina. Una fuerte convicción personal —una cuestión de fe íntima— me impide permitirme el acto humilde de la vanidad personal. Pero, confieso, sentí un orgullo profundo y una emoción privada que compartí con los míos. Dos semanas antes, un integrante del Gabinete de ministros me había pedido un ejemplar de *El Loco Dorrego*. Le envié dos:

uno para él y otro para la Presidenta. Fue un acto impensado de mi parte. Nada personal me unía —ni me une aún hoy— a la primera mandataria. La había conocido en el año 2002 cuando ella era legisladora y yo redactor de la revista *3 Puntos*. En 2010 —y todavía continúa siendo así— ella era presidenta y yo redactor de un diario. La única diferencia es que pude agradecerle su gesto personalmente en la Feria del Libro de Frankfurt —apenas unos días después de su *twitt*— y que participé a mediados de 2012 de una audiencia que tuvimos algunos integrantes del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego con ella en su despacho de la Casa Rosada.

Lo cierto es que unos días después de la entrega de mis dos libros, la misma persona del Gabinete —uno de los políticos con mayor futuro de mi generación— me mandó un escueto mensaje: “Tu libro le está gustando mucho”. Me di por hecho. A la Presidenta de la Nación le gustaba mi libro. No era poca cosa. Después vino un acto de generosidad inconmensurable por parte de la Presidenta. Y la respuesta de Chávez. Y la conferencia en cadena nacional en la cual el presidente venezolano habló de mí y de Dorrego. A partir de ese momento, era obvio que debía hacerle llegar mi libro con dedicatoria incluida. Fui hasta la embajada de Venezuela, en Belgrano, y me trataron muy amablemente. “El jueves le estará llegando el libro”, me aseguró cordial uno de los funcionarios de la embajada. “Pero tenga el celular abierto, por cualquier cosa”, se despidió. Sonreí. Un día después, Chávez me agradeció en la conferencia de prensa al pie de su avión mi dedicatoria y mostró mi libro. Si alguien lo hubiera planeado, no habría salido tan bien. Y si las cosas fueran planeadas, la vida no sería tan infernalmente bonita.

Pero por aquellos días había un marco político que excedía la cuestión meramente personal. Un signo en lo que ocurrió en aquella semana de octubre de 2010 —perdonen cierto misticismo histórico de mi parte— que lo tuvo como protagonista a Manuel Dorrego. No debe haber sido capricho que en pleno golpe de Estado contra un presidente popular y democrático como el ecuatoriano Rafael Correa, dos presidentes latinoamericanos se enfrascaran en la lectura pública de la vida del primer líder popular de la historia argentina que fue derrocado y luego fusilado por sus enemigos. Como si Dorrego hubiera estado allí para recordarnos quiénes, y por qué, quiebran el orden institucional en nuestros países: esa entente entre el liberalismo conservador y un sector del Ejército, y lo hacen para frustrar la posibilidad de que los sectores populares puedan llevar adelante sus propias políticas independientes del poder concentrado y monopolístico. O como anunció el poeta unitario Juan Cruz Varela: el pueblo deberá volver a su lugar, que son “las cocinas”. Porque lo que no soportaron los políticos y los intelectuales de la burguesía comercial porteña es que el líder del Partido de los Populares —como se llamó en un principio el Partido Federal—, el “padrecito de los pobres”, como lo llamaban los orilleros, gobernara y llevara adelante un proyecto diferente al de ellos. Por eso lo mataron. Por eso cortaron “la cabeza de la hidra”, como le escribió Varela a Juan Lavalle, el autor material del crimen. Porque querían ejemplificar al pueblo para que supiera que no debía osar gobernar nunca más en la Argentina. Dorrego tiene algo para decirnos respecto del quiebre de las democracias. El golpe de diciembre de 1828 es la matriz de la mayoría de los golpes de Estado del siglo XX: el de 1930, 1955, 1966 y 1976, como si se tratara de un cuento borgea-

no en que lo actores repiten una y otra vez las mismas bazas. No tengo comprobada la hipótesis en los demás países de Latinoamérica pero, a priori, me animaría a decir que el modelo se repite en otros rincones del continente. Por eso, la aparición de Manuel en la cumbre de la Unasur no fue inocente. Rafael Correa, un presidente popular, era víctima de un golpe de Estado que ponía en peligro su propia vida. Y Dorrego estaba allí, como un recuerdo, como un alerta, como un toque de atención. Y él, que había sido un americanista, un federal bolivariano, se campeaba entre presidentes que le daban las últimas puntadas a la Unasur. Esa aparición espectral de Dorrego en la reunión de presidentes sudamericanos que buscaban impedir el derrocamiento de Correa fue más que sugerente: justamente la Presidenta lo había bautizado en sus twitts como “el primer bolivariano”. Además, daban un empujón fundamental a la unidad latinoamericana con la que había soñado Manuel, pero también Bolívar, José de San Martín, Manuel Belgrano y José Gervasio Artigas, entre tantos otros. Posiblemente, no hubo un mejor homenaje para Manuel que el hecho de que su figura y su triste final sirvieran para alumbrar la defensa de la democracia en los países latinoamericanos. Si así fue, ni su muerte ni su olvido fueron en vano.

III

Todos tenemos alguna vez en nuestra vida un momento Rocky Balboa. ¿En qué consiste este instante? Sencillo, es el momento en que el grandote pavo de los suburbios tiene una oportunidad de pelear mano a mano con el campeón del mundo arriba del ring y se mira cara a cara con la popularidad

por unos segunditos, nomás. Algo así me ocurrió, gracias al libro *El Loco Dorrego*, el 29 de marzo de 2011, en la ciudad de La Plata.

La “verdad verdadera” es que todo ocurrió “casi casi” de casualidad. La Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata, dirigida por Florencia Saintout, me invitó a estar esa tarde en el palco junto a Tristán Bauer, Carlos “Calica” Ferrer, Hermán Schiller, Stela Calloni, entre otros, para presenciar el acto en el que se le iba a entregar el premio Rodolfo Walsh al presidente venezolano Hugo Chávez. Y allí fui, en esa agradable tarde de otoño, con un ejemplar de mi libro *Valientes* bajo el brazo, por si “pintaba” la posibilidad de dárselo en mano al líder de la Revolución Bolivariana, que desde hacía unos meses elogiaba mi libro *El Loco Dorrego* en público o lo leía en la televisión venezolana o en encuentros de militantes o lo recomendaba a otros líderes de la región como el mismo Fidel Castro. Es decir que más allá de la cuestión política e ideológica, de la experiencia de un proceso popular y revolucionario que me merece más que respeto, me llevó hasta allí una deuda de tipo personal con un —ahora más que nunca— protagonista de la historia sudamericana. Cuando me senté en la grada, mensajeé por celular a uno de los funcionarios de la embajada anunciándole que traía mi libro y que si se podía, quería que alguien se lo hiciera llegar. La respuesta fue: “Ya te ubico”. Minutos después llegó el hombre, de impecable traje, y me dijo con tono caribeño: “Sígueme, Hernán”. Lo seguí. Conversó unos segundos con el asistente personal del presidente venezolano y luego me dijo: “Tú te quedas aquí, que cuando baje el presidente, lo detenemos y le entregas el libro, ¿te parece?”. Le contesté que sí, que no había problema, y me quedé parado allí, en

las sombras, esperando que Chávez terminara su discurso. Los minutos pasaban macilentos. Y las piernas se me agarrataban y acalambaban mientras el presidente venezolano seguía incansable con su alocución frente a miles y miles de militantes del Movimiento Evita, la Cámpora, la Juventud Sindical, Quebracho, entre otras agrupaciones. Desde mi celular tuiteé: “Por ahí en un rato me cruzo con Chávez”.

Habían pasado más de dos horas de discurso cuando Chávez dijo “porque el año pasado recibí un twitt de la presidente Cristina...”. Y supe que iba a hablar de *El Loco Dorrego*. A veces es increíble como 140 caracteres pueden cambiar la historia de una persona y la suerte de un libro. Porque eso fue lo que hizo la presidenta Cristina Fernández cuando le recomendó mi trabajo a su par venezolano.

Lo que no supe es que Chávez iba a empezar a los gritos “Hernán Brienza, dónde está Hernán Brienza”, y que su asistente me iba a tomar de los hombros y me iba a ordenar: “Sube rápido, hombre, sube”. Y allí sentí algo parecido a lo que debe pasar por la cabeza de un futbolista cuando sube por el túnel hacia el campo para jugar un superclásico: vértigo, retortijones y temblor en las piernas. Subí los escalones de dos en dos y cuando llegué lo vi a Chávez con su sonrisa gardediana, esperándome con los brazos abiertos. Si se me notaba nervioso, se me notaba como realmente estaba. Desde mi aldeanismo sólo pensaba: “¿Cómo llegué hasta acá?”. Y “si me vieran los pibes del barrio”, una frase que siempre utilizo en joda cuando algo me sale bien. Y frente a mí, el presidente Chávez le decía a Bauer que debían hacer una película sobre Dorrego en coproducción argentino-venezolana. Y la gente que me miraba, me saludaba y sonreía y se alegraba. Y yo no podía controlar mi cara de chico con juguete nuevo. Y

me decía a mí mismo: “Ponete serio, ponete serio”. Y no podía, sabrán perdonar. Y pensaba en mis viejos, en mi familia y en los amigos que me quieren bien, que muchos de ellos se hicieron presentes en mi celular que no paraba de sonar y sonar. Luego vinieron los abrazos con Estela de Carlotto, Hebe de Bonafini, Martín García, Rosa Bru, Milagro Sala, entre otros. Finalmente, Chávez concluyó su discurso y se dio vuelta para saludar a cada uno de los que estaban en el escenario. Voy a contar una infidencia: él estaba visiblemente emocionado, con los ojos húmedos, al borde de las lágrimas, en un gesto que desnuda toda la humanidad de un líder que muchos ven como un hombre blindado. Entendí algo sobre el poder: no todo es cinismo, frialdad y especulación en los líderes, como uno cree. Hay muchos más elementos afectivos y sentimentales de lo que uno cree.

Pido disculpas por estas palabras arrebatadas, egocéntricas y un poco exageradas que robé de alguna columna escrita para el diario *Tiempo Argentino* y que tienen el candor y la ingenuidad de quien una vez, como canta Joan Manuel Serrat, se vio llevado por la vida en volandas.

IV

Por suerte, toda vanidad tiene su hoguera. Y voy a entrar en razones para esta nueva introducción y dejar de hablar de mí. Porque lo que ha ocurrido en estos años con la figura de Manuel Dorrego es el resultado más interesante que se dio en términos de rescate de una figura en un proceso de re-revisionismo histórico que acompaña estos tiempos políticos.

Dorrego necesitaba ser rescatado del olvido en el que había sido sumido en las últimas décadas y hasta hace pocos

años. Lentamente, fue desenterrado del pasado y puesto a la luz para que los argentinos—y sobre todo aquellos que militan en el movimiento nacional, popular y democrático— pudieran contar simbólicamente con ese hombre que, como escribí hace unos años, fue valiente soldado, joven irrespetuoso, periodista irreverente, brillante polemista, federal doctrinario, patriota convencido, idealista hasta la tontera, liberal por convicción, demócrata empeinado, corajudo en las batallas y en las lides políticas, americanista, bolivariano. Un protagonista de la historia sepultado porque era incómodo para todos. Especialmente para la historia oficial que no podía explicar por qué los liberales unitarios habían derrocado un gobierno leal y legítimo y habían fusilado al mandatario. Además, Dorrego es el primer defensor del voto universal; su federalismo es doctrinario y no intuitivo, se entrevista varias veces con Simón Bolívar en 1826 para pedirle que los ejércitos republicanos del continente se unan contra los imperiales en Brasil, porque era un convencido de que América debía ser una Confederación de naciones. Pero lo más interesante es su plan de gobierno: reducción de deuda pública enfrentando al capital financiero inglés, desmonopolización de los productos de necesidad básica y control de precios de productos como el pan, extensión de la frontera para aumentar la producción agrícola-ganadera, el intento de confeccionar una Constitución federal con el apoyo de las provincias frente al centralismo porteño y la defensa de la integridad del territorio nacional.

Pero hay algo que debe ser releído en *El Loco Dorrego*. En mi primera lectura de su vida política pasé por alto dos cuestiones fundamentales que luego recuperaron vigencia en función de los debates actuales:

- 1) Su idea de proteger la inversión local frente a la extranjera: Eduardo Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, en su libro *Facundo y la Montonera* y también Enrique Pavón Pereyra en *Pasión y muerte de Dorrego* (1970), acentúan la importancia de Dorrego en la cuestión minera, es decir en la defensa de los intereses nacionales frente a la intromisión de los capitales británicos que, de la mano de Bernardino Rivadavia, querían explotar el cerro de Famatina. Dorrego como gobernador intentó desarrollar, mínimamente, quizás incluso más en forma intuitiva que racionalmente, una burguesía empresarial con una acumulación primaria de capitales realizada sobre la extracción minera.
- 2) La cuestión de la prensa opositora. Quizás resultado de una visión demasiado “periodística” de la política, escribí en el libro (2005-06), en el capítulo 11, “los unitarios lo hostigan desde la prensa, a la que [Dorrego] intenta amordazar con una ley que regula las ofensas gratuitas”. Releyendo el libro tomé conciencia de que había pasado por alto un elemento más que sintomático de la situación de los gobiernos populares: el del combate brutal de los medios unitarios y opositores contra el gobierno de Manuel Dorrego. José María Rosa escribe en su *Historia* que “la prensa llegó al desenfreno: *El Tiempo* de Juan Cruz y Florencio Varela, *El Constitucional* de Mora, *El Duende*, donde escribía Agüero, *El Portenño* de Gallardo, *El Granizo*, *El Liberal*, *El Diablo Rosado* de Lasserre, seguido después por *El Hijo Mayor del Diablo Rosado*, *El Hijo Menor del Diablo Rosado* y *El Hijo Negro del Diablo Rosado*, atacaban con más virulencia que gracia al gobierno de la ‘chusma’, burlándose de los gobernan-

tes y zahiriéndolos hasta en su vida privada con la ventaja que tienen las minorías cultas sobre los partidos de masas. Contra ese concierto sincrónico, *El Correo Federal* de Cavia y Moreno, para mantener el mismo, tono, no ahorró burlas y adjetivos”. Dorrego era acusado de “mulato”, Cavia era el “Hemorroides Untos”, Rosas era “Ancafilú” (por su amistad con los indios), Moreno era “Don Óxido”, “Torquemada” era Tomás de Anchorena, Felipe Arana era “Batata”. Y los federales no se quedaban atrás: Rivadavia era el “Sapo del Diluvio”, Del Carril era “Lingotes de Oro”, Juan Cruz Varela era “El Ladrón”. Cansado de las injurias y los insultos, Dorrego sancionó una Ley de Prensa que incluía multas para aquellos que incurrieran en delitos a través de falsa información vertida a la sociedad. Obviamente, los diarios unitarios hicieron caso omiso de la ley y conspiraron desde sus páginas para que Dorrego fuera derrocado por las tropas conducidas por Lavalle.

La idea principal de este libro es que Manuel Dorrego fue el primer líder nacional y popular de nuestra historia y que en su derrocamiento se produce una matriz de rupturas institucionales que se repetirá a lo largo de años y años, primero, en el siglo XIX, con el liberalismo conservador aliado a un sector del Ejército, y luego, en el siglo XX, con esa conformación que Roberto Backman denominó “liberalismo pretoriano”, es decir la conjunción ya solidificada de ideas económicas favorecedoras de los intereses monopólicos, la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas, como un total pensado como “Nación Católica” con prácticamente ningún vestigio del liberalismo progresista que enarbolaron un Esteban Echeverría, un Juan

Bautista Alberdi o un Domingo Sarmiento, más allá de todas sus contradicciones y brutalidades.

Pero es a la luz de la Ley de Medios sancionada en 2009 que el párrafo de la Ley de Prensa que sancionó Dorrego debe ser revisada. Obviamente, no estoy haciendo una comparación de ambas normas. Simplemente se trata de analizar que allí, en el caso del gobierno de Manuel, se produce una matriz similar, no solo respecto del quiebre institucional, sino también de los actores que intervienen. La prensa autodenominada “libre” también tuvo durante la gestión de Dorrego una actuación de boicot y conspiración permanente y de reproducción de los discursos que favorecían a la burguesía comercial porteña. Esa matriz se reitera contra el gobierno de Rosas, contra el de Yrigoyen, el de Perón, el de Illia, el de Alfonsín y el de Cristina Fernández de Kirchner.

Es decir, a mi idea inicial le faltaba un elemento que no podía estar ausente: las campañas y operaciones de prensa del periodismo liberal.

Por último, quiero hacer una mención final a la presencia de Dorrego en la actualidad. Hoy, decenas de agrupaciones políticas llevan su nombre como bandera, miles de jóvenes se preocupan y se interesan por su vida, su pasión y su muerte. Se han escrito libros nuevos, algunos de ellos mejoraron algunos aspectos y falencias de este trabajo y el prócer adquirió una visibilidad política en los medios que antes no tenía. El instituto de revisionismo histórico creado por la Presidenta de la Nación lleva su nombre. Pero hay algo más todavía. Rodolfo Walsh escribió alguna vez: “Las paredes son las imprentas de los pueblos”. Hace un par de años tomé la calle Tucumán para salir del microcentro. Como es natural me choqué de frente en plena plaza con el inefable monumento a Lavalle (alguna vez

deberá ser arrancado de ese solar que perteneció a la familia Dorrego). En uno de sus costados, una mano justiciera escribió “Viva Dorrego. JP Evita”. No hace falta aclarar nada más. El pueblo imprimió su propio Loco Dorrego.

HERNÁN BRIENZA

Buenos Aires, 11 de marzo de 2013

Índice general

- II. Prólogo
- VI. Prólogo a la edición décimo aniversario
Dorrego y la repetición sintomática
- X. Introducción
Zamba para no morir
- 6. Capítulo 1
Cielito y cielo nublado
- 22. Capítulo 2
Chiquillada
- 50. Capítulo 3
El sol del 25
- 70. Capítulo 4
Vientito del Tucumán
- 100. Capítulo 5
Carnavalito del duende
- 126. Capítulo 6
Vidalita oriental
- 146. Capítulo 7
Chacarera del exilio

- 176. Capítulo 8
La vuelta al pago
- 204. Capítulo 9
A la huella de Simón Bolívar
- 226. Capítulo 10
Tirano unitario
- 264. Capítulo 11
Cielito de los federales
- 296. Capítulo 12
Milonga del fusilado
- 330. Colofón
Huella triste
- 338. Epílogo
La tradición perdida de Dorrego
- 350. Agradecimientos
- 352. Fuentes documentales
- 356. Sobre el autor
- 358. Índice onomástico

Colección Pasado Imperfecto

Delirios argentinos

Las ideas más extrañas de nuestra política

SERGIO KIERNAN

El Loco Dorrego

El último revolucionario

HERNÁN BRIENZA

Moreno

El fuego que inventó la patria

MIGUEL WIÑAZKI

Barbarie y Civilización

Sangre, monstruos y vampiros durante
el segundo gobierno de Rosas

GABO FERRO

Degenerados, anormales y delincuentes
Gestos entre ciencia, política y representaciones
en el caso argentino
GABO FERRO

Valientes
Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX
HERNÁN BRIENZA

El Golem de Marechal
Megafón o el ser nacional
HERNÁN BRIENZA

El Inglés
Rosas visto por los británicos
ANDREW GRAHAM-YOOLL